

## Temporalidad femenina en una relectura del mito de la Sibila

Elsa Plaza Müller

Me corresponde a mí aproximarles a la primera de las obras, *Sibila*, que conforma, con *Domus Aurea* y *Antikeres*, esta trilogía que se fue constituyendo a lo largo de los años como trabajo de colaboración entre Nora Ancarola y Marga Ximenez. Trilogía que alude a las vivencias personales y al espacio de lo privado.

Sibila, por ser la primera de la serie, es la que insinúa el lugar de lo más íntimo, de aquello que a veces permanece soterrado en nuestro inconsciente y asoma en forma de enunciados, o gestos, que generalmente nos son difíciles de interpretar. Tal como lo eran las fórmulas oraculares de estas adivinas que se denominaban precisamente sibilas.

Sibila podría leerse así como el comienzo de un camino, desde lo privado subjetivo hacia lo privado común o comunitario. O lo que puede tener de compartible aquello que frecuentemente se cree una experiencia totalmente subjetiva e intransferible.

Este trabajo de exégesis, de sacar hacia la luz, se iniciaba con la instalación que, como ya he dicho, llevaba por título *Sibila*, la cual se trabajó especialmente para la inauguración de la sala *La interior bodega*, a la que se accede descendiendo. Descenso, o internamiento, que se iniciaba ya en el propio nombre del lugar elegido para la instalación de esta obra, y que evoca una estrofa de *El cántico espiritual* de San Juan de la Cruz.

**En la interior bodega  
de mi Amado bebí y, cuando salía  
por toda aquesta vega,  
ya cosa no sabía,  
y el ganado perdí que antes seguía.**

La obra fue pensada para aprovechar la morfología y los accidentes del lugar donde se instaló. Lo que daba la oportunidad de trabajar *in situ* parte de ella, la cual se buscó acoplar a esa pequeña y misteriosa sala de la calle Ferlandina del Raval de Barcelona, que evoca, por su arquitectura, ese espacio donde tenían lugar las profecías de las sibilas: generalmente una cueva o el lugar más recóndito del templo. La instalación aludía, precisamente, al mito de una de las sibilas, porque era éste un nombre genérico.

Se cuenta que el nombre de Sibila proviene de la primera Pitia o Pitonisa que actuó en el oráculo de Delfos. Mujer que se encargaba de interpretar y dar respuesta a diferentes consultas que se le hacía, consultas de todo tipo y para todos, desde reyes a personas humildes. Las respuestas se pronunciaban siempre en verso hexámetro.

Una de las sibilas más famosas, y a la que se refiere la instalación, es la Sibila que se hallaba en el santuario de Cumas, en la bahía de Nápoles, al cual se accedía penetrando una caverna profunda, a través de espacios que alternaban la luz y la oscuridad en una sucesión de doce galerías cortas, a cuyo fin se hallaba instalada la Sibila, quien daba el veredicto sobre la cuestión requerida.

Se cuenta, de la de Cumas, que el dios Apolo, atraído por su belleza y sabiduría, se enamoró de ella y le ofreció concederle cualquier deseo. Ésta solicitó vivir tantos años como granos de arena contuviera su mano; fueron éstos 900. Apolo le concedió el deseo a cambio de que no volviera a ver su tierra natal: la localidad griega de Eritras. Exiliada en Cumas vivió mucho tiempo, hasta que un día cayó en sus manos una carta con un sello de cerámica, confeccionado con tierra de Eritras, y dicen que al verlo murió.

Otra leyenda –y ésta es la que retoman Nora Ancarola y Marga Ximenez– dice que, en su deseo de larga vida, Sibila olvidó pedirle a Apolo la juventud eterna. Por lo que fue envejeciendo y achicándose, hasta convertirse en un ser diminuto que se guardaba en una jaula, a la entrada del templo del dios, siendo objeto de burla por parte de los niños que pasaban por allí, a los cuales ella respondía, invariablemente: "Sólo quiero morir".

Los conocidos como libros sibilinos serían el compendio de las profecías reunidas por la Sibila de Cumas. Estos libros, según la tradición, habrían sido llevados a Roma por la misma Sibila de Cumas y, tras la pérdida de algunos, se custodiaban en el templo de Júpiter capitolino. El incendio de este templo, del año 82 aC, conllevó la quema de estos libros primitivos. Fueron, con el tiempo, reemplazados por una compilación de textos paganos, orientales, judíos, y finalmente algunos cristianos, que son los que hoy se conocen como textos sibilinos. Es en uno de estos libros donde, se dice, están anunciados los milagros de los Evangelios, la Asunción de Cristo, la destrucción de las ciudades paganas y la llegada de la Edad de Oro. El *Canto de la Sibila*, que desde época medieval se recrea en algunas localidades del ámbito catalán, en la misa de vigilia de Navidad, está inspirado en estos textos.

En la instalación a la que estoy haciendo referencia se escuchan como fondo, interpretados por Rosa María Aguadé y a modo de *Canto de la Sibila*, cantos con letra y música de la mística, filósofa y humanista alemana del siglo XII, Hildegard von Bingen, conocida en su época como la Sibila del Rin. Una Sibila muy particular e insumisa con las autoridades religiosas.

Como casi todas las mujeres amadas por los dioses, la Sibila de Cumas –la elegida por Nora Ancarola y Marga Ximenez como el referente de su instalación– tiene un destino trágico. Como si su sabiduría, su don profético y su belleza debieran ser merecedores de una terrible punición. Es ésta la exhibición ante todos de su deterioro físico, permanente y en aumento, lo cual motiva la burla y, por tanto, el castigo casi eterno. Como si el dios vengase en el cuerpo que había amado su propia debilidad.

Aunque la Sibila de la instalación no cumple el rol de profetisa de acontecimientos futuros –que le son ajenos a su propio destino–, sino que Sibila habla allí y reflexiona sobre sí misma; su mirada, que ve en el tiempo, se vuelve a su interior, a su devenir, a su pasado como niña, a su presente como joven bella y sabia, y a su futuro como anciana. Y esta obra recrea estos tres momentos:

El primero, realizado por Nora Ancarola, alude a la niñez, en la voz de la niña que lee un texto, la voz titubeante frente a un texto que trata de entender, pero que evidentemente aún le es difícil. Texto que, precisamente, explica la exigencia de belleza y eterna juventud, a la que le someterá la sociedad donde se desarrollará su vida de adulta: *“Nuestro cuerpo, y sobre todo el cuerpo femenino, es el espacio donde se discuten y resuelven los valores siempre cambiantes de nuestra cultura. Por esto nos es difícil comprender la relación, muchas veces de incomodidad, que tenemos con él. Y a la manera de Santa Teresa, y sobre todo durante la adolescencia, llegamos a sentir el cuerpo como una prisión. Pero, a diferencia de la Santa, no tratamos de olvidarlo para ganar el cielo, sino que insistimos en modificarlo para ganar un espacio en la tierra, es decir, en la mirada que nos juzga.”*<sup>1</sup>

El segundo momento, también llevado a cabo por Nora, está representado por la imagen de una joven de rostro perfecto y sin marca alguna, que encarna, precisamente, al personaje de esa Sibila de la que Apolo se enamora. Profetisa valorizada en tanto que joven, bella y útil por sus dones.

El tercer momento de la vida de esta Sibila particular lo compone otra de las piezas, esta vez trabajada por Marga Ximenez. Allí el cuerpo femenino es representado por el columpio que pende del techo de la sala, en cuyo tablón, aprovechando una herida de la madera, se abre un sexo realizado con un tejido mullido: las hombreras –tan características como elementos de las obras anteriores de Marga, y que ella siempre cose de determinada manera–, y en este caso las rellena con tejido de antiguas braguitas de algodón, expresando, sin ambigüedades, la feminidad de ese cuerpo al que se alude. Columpio/cuerpo, que en su movimiento característico evoca el recorrido vital, como una Vía Láctea, cuyo origen mitológico es precisamente la leche surgida del pecho de una diosa: Juno o Hera.

Como reafirmación de este origen lácteo del camino a recorrer, un plato de porcelana (que perteneció a la abuela de Marga Ximenez), repleto de polvo de oro, expresa el alimento primordial de la vida: la leche materna. Espacio del recuerdo y de vivencias pasadas (en la copa rota que también forma parte de

---

<sup>1</sup>

la instalación), y del porvenir que insinúa también el vaivén del columpio. Tesoro acumulativo de momentos vividos, que forman la memoria del ser: Vía Láctea, camino de peregrinaje, evocado en las suelas de zapato gastadas. Camino de Santiago, en la búsqueda del “oro del tiempo”. Reflexión sobre la vejez y el deterioro del cuerpo, que se inscribe en el texto de su madre –que puede leerse en el espejo dispuesto bajo el columpio–; y sobre el acompañamiento y el cuidado que ello requiere, como se sugiere en el video que complementa esta parte. En él se ve el caminar de una anciana junto a un andador.

A partir de esta instalación, que continuará en *Domus Aurea*, se inicia un ascenso hacia el exterior de la cueva de la Sibila. Incluso podría asociarse a la metáfora de un nacimiento, desde el mito de una cierta feminidad, que contiene la historia de Sibila, hacia el ser mujer en el mundo. Se trataría así de un cuestionamiento del aprendizaje de lo femenino, que comienza por el ser niña, en una sociedad que va a exigirle belleza y juventud eterna y, tal como le ocurre a Sibila, la punición cuando pierda estos atributos.

En nuestro mundo, el castigo por esta pérdida no será el encierro en una jaula de canario a la entrada del templo de Apolo, pero sí la burla disimulada, la precariedad laboral, la inseguridad y la insatisfacción eterna hacia su cuerpo, que siempre le será ajeno. A menos que Sibila, las sibilas, profeticen y realicen su propio destino, el de transformar en fuerza sus dones. Y echen a andar con la convicción de que los dioses, todos ellos, han muerto.

### **Elsa Plaza Müller**

Es doctora en Historia del Arte por la Universidad de Barcelona. Profesora invitada en la Universidad de Barcelona y asociada en la Universidad Autónoma.

Beca del Instituto de Investigación del Hospital de Sant Pau. Experiencia como becaria post-doctoral del Departamento de Neuropsicología y de la Unidad de demencias del Hospital de Sant Pau. Taller de estimulación cognitiva a cargo de la Dra. Carmen García, 1997-2000.

Desde 1999 hasta el año 2003 formó parte del grupo *Multiculturalismo y género* dirigido por la Dra. Mary Nash. Beca del Institut Català de la Dona; trabajo de investigación *Feminisme i Societat. Teoría i Representació. Aportacions del Feminisme a l'art i a la cultura visual en general*. Beca del Instituto de la Mujer, de Madrid; seminario *Feminismo y Sociedad. Teoría y representación. Aportaciones del feminismo al arte y a la cultura visual*, Universidad Ramon Llull.

Escritora y ensayista, desde el año 1975 ha participado en distintos proyectos culturales relacionados con políticas de género, y publicado artículos y realizado conferencias sobre arte y mujeres. Tiene dos novelas publicadas: *Rojiza penumbra* (Editorial Barataria, 2006), y *El cielo bajo los pies* (Ed. EDHASA, 2009); y en proceso de edición, *El magnetismo del viento nocturno*.